
Miren Etxezarreta ()*

*Trabajo y agricultura: los cambios
del sistema de trabajo en una
agricultura en transformación (**)*

INTRODUCCION

La modernización de la agricultura (1) desde la segunda guerra mundial ha supuesto una amplia transformación de su sistema productivo y de las relaciones entre la agricultura y el resto de la economía. La organización del trabajo ha evolucionado también de forma muy importante. El objetivo de este trabajo es el de identificar los cambios que afectan al trabajo agrario y evaluar sus consecuencias en el contexto de un país como España, que ha experimentado recientemente un desarrollo relativamente tardío, pero rápido, tanto de su eco-

(*) Universidad Autónoma de Barcelona.

(**) Este trabajo se ha beneficiado de amplia información y comentarios proporcionados por muchas personas. Entre ellas hay que destacar a Mario García Morilla, Lourdes Viladomiu, Josefina Cruz, Chema Fernández, Rocío Muñoz, Pencha Santasmarinas, Antonio Fernández, Ricardo de Andrés Mozo y María Pilar García Lozanos, a quienes desde aquí deseo agradecer su colaboración. Así mismo Juan Jesús González realizó muy valiosos comentarios a una primera versión del texto, que han constituido una importante aportación. No obstante, como es obvio, la responsabilidad de cuanto se dice es únicamente mía.

El artículo constituye la versión en castellano de un trabajo originariamente escrito en inglés, para la obra editada por P. Lowe, T. Marsden y S. Whatmore: *Rural Restructuring: Global Processes and their responses. Critical Perspectives on Rural Change Series*, vol. 1, y publicada por D. Fulton Publishers, Londres, 1990.

Versión definitiva septiembre de 1994.

(1) «Agricultura» se refiere aquí a agricultura y ganadería.

nomía como de su agricultura. En el mundo moderno, además, este proceso de cambio y transformación no se detiene nunca, sino que es necesario continuarlo e intensificarlo. En España, la integración en la CEE está acelerando intensamente este proceso.

La base teórica del análisis puede resumirse de la forma siguiente:

Una de las consecuencias importantes de la modernización agraria es que aumenta considerablemente la integración de la agricultura con el resto de la economía, tanto a nivel de cada país como a nivel mundial. Aunque la agricultura ha estado siempre integrada en la economía —recuérdense las Leyes del Grano y D. Ricardo a mediados del siglo XIX—, el sistema productivo de la agricultura moderna está mucho más relacionado con todos los demás aspectos económicos y, por lo tanto, su evolución está vinculada, de forma creciente, a la dinámica económica general. El trabajo no es una excepción y se puede observar que las relaciones sociales de producción en la agricultura y la organización del proceso de trabajo siguen cada día más la evolución de la organización del trabajo en otros sectores.

Desde el comienzo de la crisis económica de los setenta y con los programas económicos neoliberales de los ochenta, el mercado de trabajo en los países desarrollados ha experimentado cambios de alcance: el pleno empleo y el empleo permanente ya no se considera ni siquiera un objetivo realizable y la flexibilidad del trabajo y la contención de los salarios se ha convertido en el objetivo clave de las políticas laborales. Se están explorando múltiples vías para lograr este objetivo, lo que conduce a importantes —a menudo sólo renovadas— modalidades nuevas de contratación laboral y a sustanciales modificaciones en la organización del trabajo. En este artículo se postula que, a pesar de sus peculiaridades y de la importancia del trabajo familiar, estas tendencias se pueden observar también en las prácticas laborales de la agricultura. De forma tal que el sistema productivo agrario se integra totalmente en la organización capitalista de la producción. Se pro-

pone mostrar aquí, primero, las distintas maneras por las cuales la organización de la agricultura lleva a la subsunción del trabajo y a convertirlo en mercancía; segundo, mostrar también las diferentes formas, a menudo muy ingeniosas, por las que aumenta la flexibilidad del trabajo, por medio de nuevas condiciones para la contratación laboral, de la externalización de las tareas, la pluriactividad e incluso el trabajo autónomo. Se intenta, también, explorar y evaluar las consecuencias más importantes que estos desarrollos suponen para los trabajadores, la agricultura, el medio rural y la sociedad en general.

Otra consecuencia importante de la modernización de la agricultura se refiere a la relación entre la agricultura y el desarrollo rural. Los cambios en la situación productiva han supuesto también importantes variaciones tanto en la capacidad de la agricultura para absorber mano de obra como en el papel de la agricultura en la economía y la sociedad modernas. Esta nueva situación, junto con modificaciones significativas en los valores de las sociedades desarrolladas acerca del uso del espacio, han supuesto importantes cambios en los planteamientos para el mundo rural. En toda Europa el discurso acerca del mundo rural ha cambiado (2). El desarrollo agrario ya no se considera la base principal del desarrollo rural, sino que hay que encontrar nuevos medios y vías para alcanzarlo, así como nuevas soluciones para el trabajo agrario desplazado. En la segunda parte de este artículo se analizarán los nuevos modos de utilización del trabajo en el mundo rural, su papel en la transformación de las condiciones de trabajo y su alcance para lograr los nuevos objetivos.

EL TRABAJO EN LA AGRICULTURA

La agricultura española, como es sabido, presenta dos for-

(2) Se puede encontrar amplia documentación acerca de este cambio en los documentos de la CEE sobre política rural, partiendo de CEE (1985), a los documentos actuales sobre la reforma de la PAC. Véase también M. Etxezarreta (ed.) (1988).

mas de producción, en principio claramente diferenciadas: la agricultura familiar y la agricultura basada en el trabajo asalariado (3). Actualmente en todas las zonas agrarias se está expandiendo una agricultura de tipo empresarial que recurre cada vez con más frecuencia y amplitud al trabajo asalariado, tanto fijo como, y sobre todo, eventual. El trabajo asalariado es también significativo en la agricultura, suponiendo más de un tercio de la población que la misma emplea (4). Y, lo que es muy importante, es una categoría que está creciendo rápidamente, como veremos más adelante. La agricultura propiamente capitalista, empresarial, crece en importancia, siendo un hecho ampliamente reconocido a todos los niveles. Aunque en España no existe información estadística disponible sobre ello, es en las explotaciones más grandes y de carácter más empresarial (incluyendo a las empresariales-familiares) donde se obtiene la mayor parte de la producción agraria (5).

En cuanto a la agricultura familiar, la modernización ha supuesto su creciente diferenciación. Una minoría de explotaciones familiares, las más modernas y económicamente potentes, se han convertido en empresas agrarias, homologables en cuanto a su sistema productivo a las empresas agrarias no familiares a las que nos referimos más arriba, mientras que se puede apreciar una amplia variedad de situaciones en el resto. Aunque es sabido que el trabajo familiar supone la mayor parte de la fuerza de trabajo agraria, en esta agricultura familiar-empresarial muy potente, se percibe un segmento significativo de explotaciones donde el trabajo familiar, siempre dominante, se complementa y combina con distintas

(3) Esta última se concentraba históricamente en los «latifundios», pero en la actualidad casi todos ellos se han convertido en modernas empresas agrarias operadas también con trabajo asalariado. En la actualidad, en todas las regiones, incluso se está desarrollando una nueva variedad de «propietarios absentistas» formada por explotaciones agrarias, propiedad de profesionales, urbanos y operadas por encargados o capataces.

(4) A. García de Blas (1980) y *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1990* (1991)

(5) En la CEE menos del 20% de las explotaciones producen más del 80% de la producción agropecuaria. En España, según la encuesta de estructuras de explotaciones agrícolas, el 6,1% de las explotaciones mayores —iguales o superiores a 16 UDEs— aportaban el 46,3% del margen bruto total, mientras que el 51,1% de las explotaciones más pequeñas —menores de 2 UDEs— aportaban el 8,5% del margen bruto total.

modalidades de trabajo asalariado, recurriendo a muy variadas formas de contratación y remuneración.

Además, contra la imagen tradicional que se tiene de las familias agrarias, las familias extensas (de varias generaciones) son cada vez menos frecuentes, particularmente en las explotaciones más modernas. La mayoría de explotaciones familiares están basadas en familias nucleares.

Por otro lado, en ciertas zonas de la agricultura familiar se encuentra una mano de obra excedente que ha de recurrir también a muy diversas maneras de utilización y venta de su fuerza de trabajo, dentro o fuera del ámbito agrario, para poder subsistir.

Nos encontramos así con una compleja articulación de tipos y formas de trabajo en el medio agrario y rural que parecen apuntar a un debilitamiento de la clara diferenciación entre las modalidades del trabajo agrario —familiar y asalariado— consideradas tradicionalmente (6). Creemos que estas nuevas modalidades se corresponden con formas de organización productiva muy complejas y que responden a las nuevas tendencias del capitalismo de finales de siglo, tanto en el ámbito de la agricultura como de la economía en general. Estas nuevas tendencias respecto al trabajo agrario y rural es lo que este artículo trata de desvelar, analizar y evaluar.

Modernización y subsunción diferencial en los ochenta

a) Disminución de la mano de obra necesaria

La modernización de la agricultura conduce a cambios en la composición de los factores de producción. Se incorporan de forma masiva nuevos medios de producción y tecnología, que requieren fuertes inversiones, mientras que el trabajo so-

(6) No todos los autores están de acuerdo con esta posición. Para otros la dicotomía trabajo familiar, trabajo asalariado constituye la base de dos formas de producción diferenciadas, con dinámicas radicalmente diferentes. Agradezco a Juan Jesús González, de la UNED sus comentarios a este respecto.

cialmente necesario para la producción de mercancías disminuye sustancialmente.

La guerra civil (1936-1939) retrasó este proceso en España, y después el período de autarquía (1940-1953). Los trabajadores agrícolas todavía representaban el 54% de la población activa en 1950. La modernización comenzó a hacerse sentir sólo en los años sesenta como el subproducto del intenso proceso de industrialización y urbanización que llevó a la rápida emigración desde el medio rural y facilitó la introducción de los nuevos sistemas productivos. La población activa agraria se redujo rápidamente a la mitad: se estima que un millón de trabajadores dejaron la agricultura en la década de los cincuenta y cerca de dos millones más entre 1961 y 1970 (7), mientras que otras cifras indican una reducción de la población activa desde 4.395.000 en 1950 a 2.619.000 en 1970 (27,6% del total de la población activa).

Esta tendencia continuó durante los años siguientes. Incluso durante la crisis económica, con altas tasas de paro para el conjunto de la economía —recuérdese que éstas superaron el 15% durante todos los ochenta, con un máximo de 22% en 1985—, la fuerza de trabajo en la agricultura se redujo muy sustancialmente. En 1990 se computaban en 1.485.500 trabajadores los empleados en la agricultura, sólo el 11,23% del total de la población activa. La agricultura perdió aproximadamente un millón de trabajadores en medio de una crisis económica industrial, disminuyendo la fuerza de trabajo agraria a una tasa anual del 4,3 al 4,7%, mientras que la tasa de disminución en los demás países europeos era entre 2,1 y 2,8% (8). Estas cifras muestran que los problemas económicos en el sector primario han sido más acentuados que en los demás sectores, forzando a la

(7) Leal *et al.*, p. 191. Como puede observarse, las cifras no coinciden totalmente, justificando la precaución en el uso de estadísticas.

(8) C. S. Juan Mesonada (1990) y *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1990* (1991).

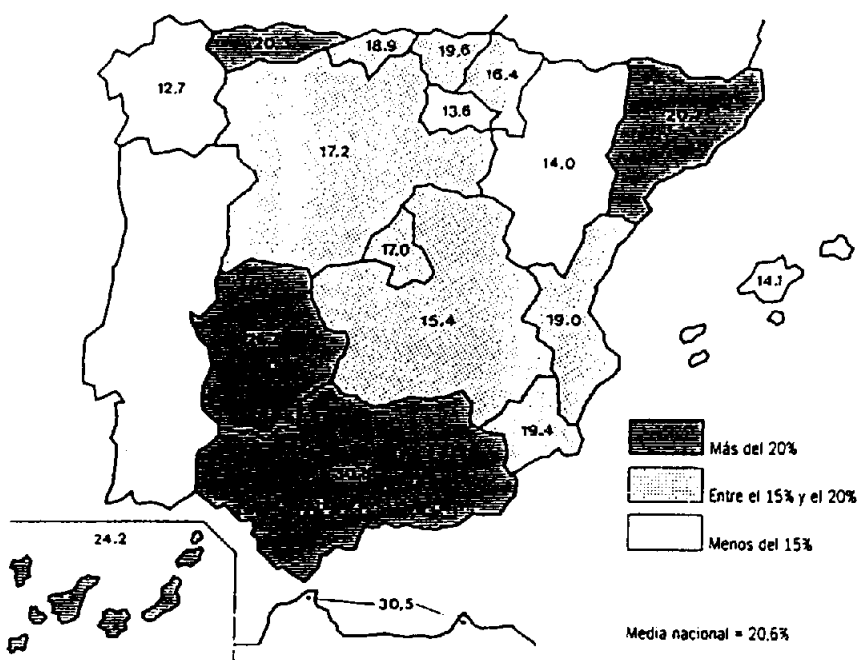
población activa agraria a buscar otros trabajos incluso en circunstancias externas muy difíciles. Las cifras de desempleo agrario son, sin embargo, inferiores a las de otros sectores, aunque varían muy considerablemente dependiendo de la fuente de los datos.

CUADRO 1
Tasa de paro por sectores. Porcentaje de población activa

Año	Tasa general	Agricultura, datos EPA	Agricultura, paro registrado
1983.....	17,7	5,7	4,3
1985.....	21,9	11,7	5,1
1987.....	20,6	13,4	6,1
1989.....	17,3	12,8	5,4
1990.....	16,2	12,1	5,1

Fuente: *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en 1990*, MAPA, cuadro 23, p. 24

MAPA 1
Tasas de desempleo en 1987 (% de la población activa)



Fuente: Banco Bilbao-Vizcaya.

La distribución regional del paro exige alguna explicación. En España las cifras de desempleo agrario se refieren particularmente al trabajo asalariado, que se concentra en las grandes explotaciones del sur, donde se produjeron los mayores movimientos migratorios durante la industrialización de los sesenta. Pero ahora la emigración no proporciona empleos y la población permanece en sus lugares de origen, produciendo niveles de paro de hasta el 30% de la población activa.

El cuadro 2 muestra la amplitud del paro agrario en las dos grandes regiones del sur. Se percibe cómo alcanza hasta el 78,7% del paro total en 1989. Las estimaciones actuales apuntan a un probable crecimiento del paro agrario en ambas regiones (9).

CUADRO 2
Desempleo agrario en Andalucía y Extremadura

Año	% de parados agrarios en And. y Ext. sobre España	% parados agrarios asalariados (medias)			
		Andalucía	Ext.	Total	Resto España
1983	60,8	26,6	18,6	25,7	10,5
1984	73,3	47,3	36,0	46,1	15,0
1985	70,7	43,7	44,2	43,6	16,7
1986	70,5	48,5	46,5	48,3	17,0
1987	74,2	—	—	—	—
1988	76,3	—	—	—	—
1989	78,7	—	—	—	—

Fuente: *Agricultura y Sociedad*, nº 54, pp. 181 y 238.

Este altísimo nivel de paro ha conducido al establecimiento de sistemas especiales de subsidio de desempleo en Andalucía y Extremadura. Los trabajadores que pueden probar que han trabajado 60 días durante un año tienen derecho a 180 días de subsidio de desempleo. Como es sabido, el sistema se completa con la provisión de Planes de Empleo Rural para que los trabajadores puedan alcanzar los sesenta días de trabajo necesarios para tener derecho al subsidio de desempleo.

(9) J. L. Fernández-Cavada (1990), pp.181-182.

Es difícil estimar el volumen de trabajo excedente y desempleo en la agricultura. La agricultura familiar permite una amplia existencia de paro encubierto: debido a la falta de empleo en otros lugares, los componentes de una familia agraria trabajan en la explotación y no se consideran parados, aunque su trabajo no sea necesario en los procesos productivos. En las familias agrarias, sobre todo de ciertas regiones de pequeña agricultura familiar —especialmente en la cornisa cantábrica y Galicia—, el nivel de paro encubierto puede ser considerable. Considérese también que con frecuencia quienes quedan en paro en la agricultura abandonan el sector y, por lo tanto, no son considerados como tales parados agrarios.

Hay que tener en cuenta también que el trabajo excedente puede manifestarse de otras maneras: el excedente de trabajo en las explotaciones familiares se muestra no solamente en la falta de oportunidades de empleo, sino también en la caída de las rentas familiares agrarias, en el aumento de diferencias de ingresos con otros sectores, en los bajos niveles de vida y en la reducción de las oportunidades económicas. Habría que considerar algunos índices basados en los diferenciales de ingresos con otros sectores. El cuadro 3 presenta alguna información respecto a los ingresos relativos.

CUADRO 3
Rentas relativas entre sectores

País	Evolución de la paridad de rentas entre sectores	% del valor añadido de agricultura sobre sectores no agrarios	% de margen	Neto en la producción bruta total
	1973	1979	1973	1985
Alemania....	34,6	25,8		
Francia.....	58,3	41,1		
Italia	38,8	41,5		
Holanda.....	76,7	70,3		
Reino Unido.	81,5	64,7		
Irlanda	56,0	49,3		
Dinamarca ..	70,3	61,5		
España	35,4	36,3	43,8	36,5

Fuente: A. García de Blas: *Papeles de Economía*, nº 16, cuadro 12, p. 91.

Tomando en cuenta todos estos elementos, es probable que se obtuviera una mejor explicación de por qué la población abandona la agricultura incluso cuando se encuentran con condiciones muy difíciles en otros lugares.

Las diferencias de renta entre sectores indican claramente la desfavorable posición de la agricultura. En los setenta y ochenta las rentas agrarias se estimaban en torno a la tercera parte de la media del país; de 1974 a 1982 los márgenes netos agrarios disminuyeron casi en un 38% y la tendencia decreciente no ha cambiado. El nivel absoluto de salarios agrarios se sitúa en torno a un tercio del salario medio nacional. Entre 1977 y 1986 aumentó la productividad en un 83,4%, mientras que las rentas reales agrarias sólo aumentaron en un 9,7%. En los años noventa se produce una gran incertidumbre acerca de las nuevas tendencias en la política agraria y la caída en las rentas supone que la mayoría de las familias de agricultores están confusas y crecientemente pesimistas acerca del futuro (10).

b) *Del trabajo tradicional al trabajo intensivo*

El impacto de la modernización en el trabajo concierne a mucho más que al volumen de trabajo utilizado. Supone una vasta transformación en la forma de utilización del trabajo, en el proceso de trabajo y los tipos de trabajo que se requieren. Entre los aspectos más importantes se pueden destacar:

— La disminución del esfuerzo físico: la mayor facilidad de las tareas materiales es un importante avance de la agricultura moderna. Afecta no solamente al bienestar de los trabajadores agrarios, sino también a la división del trabajo entre los miembros de la familia y las decisiones acerca de la inversión en la explotación.

(10) Datos de A. García de Blas (1980), pp. 85-92; J. L. Fernández-Cavada (1990), pp. 155-191; J. Colino (dir.) (1990), capítulo 4.

— La escala de la producción y la utilización del trabajo: la tecnología permite un gran aumento en la capacidad productiva, pero ésta es utilizada por los agricultores no para disminuir su carga de trabajo, sino para aumentar la producción hasta su límite posible.

La búsqueda de mayores beneficios no es la única razón para aumentar la producción. La necesidad de amortizar y valorizar el capital invertido exige también que el equipo disponible se utilice en su máxima capacidad. Las condiciones económicas de la agricultura actual también requieren un aumento de la escala de producción. Una mayor producción y la competencia a nivel mundial ha conducido a la disminución de precios, mercados más difíciles y menores márgenes para los agricultores. La valorización del capital invertido y del trabajo, incluso la mera sobrevivencia de la unidad productiva, necesita de la producción de una mayor cantidad de productos. A su vez esto es posible por la existencia de máquinas. El gran incremento de productividad es, por tanto, necesario para obtener casi las mismas rentas que hace diez años. Los agricultores modernos no trabajan menos horas que los agricultores tradicionales, sino que producen mucho más con la ayuda de sus máquinas.

Cuando no es posible el incremento de la producción, las familias agrarias tienen que encontrar otras maneras de aumentar sus rentas. Necesitan aprovechar todas las oportunidades de utilizar el trabajo disponible, dentro o fuera de la agricultura. También tienen consecuencias en la producción los nuevos niveles y estilos de vida y consumo. Como en el resto del mundo desarrollado, los agricultores españoles no son una excepción y han cambiado sus hábitos. Siguen ahora los modelos de consumo urbanos, y el autoconsumo tiene en la actualidad una mínima importancia. Por ello la necesidad de ingresos de los agricultores es muy superior a los niveles del pasado. Esto conduce también a la intensificación y aumento de la producción.

Hay que señalar que los agricultores no parece que resien-

ten el trabajo que tienen que realizar. Debido, probablemente, a que ahora el trabajo es más fácil y a que están habituados a trabajar siempre durante todo el día. Pero las generaciones más jóvenes y las mujeres son mucho más críticas acerca de las necesidades de trabajo debido a la falta de tiempo libre. Este aspecto es particularmente importante en las explotaciones ganaderas, donde es muy difícil tener fines de semana libres y vacaciones anuales. Los obstáculos a una forma de vida más moderna y urbana son fuertemente resentidos por algunos miembros de la comunidad familiar.

— Aumento en la intensidad de trabajo: de la misma forma que en la industria, la mayor parte del trabajo en la agricultura en la actualidad consiste en operar con maquinaria avanzada. Las máquinas tienen que trabajar a plena capacidad y quienes las operan son dominados por el ritmo de aquéllas, viéndose obligados a seguir un trabajo muy regular y que requiere atención continuada. Se elimina «la porosidad» del trabajo. «La mecanización ha permitido al agricultor economizar en su fuerza muscular... pero utiliza (más intensamente) sus nervios, su trabajo y a veces todo su organismo (11). Son los medios de producción los que establecen las condiciones de trabajo. Antes las herramientas servían al trabajador, ahora el trabajador se ha convertido en una herramienta de las máquinas (12).

No sólo aumenta el trabajo que se tiene que hacer con las máquinas, sino que, además, la competitividad supone un incremento de la tendencia a la intensificación en todos los tipos de trabajo. El cuadro 4 proporciona un ejemplo interesante de la recolección de dos variedades de naranjas, la cual se realiza sin maquinaria.

Este aumento en la intensidad del trabajo se considera que es la única vía para lograr una agricultura dinámica, convirtiéndose en el estándar exigido para una producción eficiente

(11) A. Lacroix (1981), p. 11. «La porosidad» es también una expresión de A. Lacroix.

(12) K. Marx. Versión siglo XXI, secciones 3 y 4.

CUADRO 4
Número de arrobas que se exigen para el destajo diario

Naranjas	1960	1970	1979/80	1984/85	1989/90
Tipo 1	33,3	40	50	55	56
Tipo 2	33,3	40	45	48	60
Tipo 3	11,0	17,5	22,5	27	27

Fuente: Arnalte *et al.*: «El mercado de trabajo asalariado en la agricultura del litoral valenciano». *Agricultura y Sociedad*, nº 54.

de mercancías agrarias, condicionando así el trabajo social necesario para la producción de mercancías agrícolas y, finalmente, para la formación de los precios agrarios.

c) Del trabajo independiente al trabajo subordinado

El trabajo independiente del agricultor tradicional se ha diluido en la máquina, en las exigencias de la tecnología y en las normas del producto que han absorbido el esfuerzo humano, en la versión «agraria» de la subsunción del trabajo por el capital. El proceso interno de decisión se ha alterado radicalmente. El conocimiento, la tecnología y los medios de producción son principalmente inducidos desde el exterior y cambian rápidamente; el trabajo agrario actual requiere el operar con máquinas muy complejas y con tipos de ganado de alto precio. El agricultor necesita diversos tipos de asesoramiento, la ayuda de los talleres que reparan la maquinaria, está sometido a las orientaciones de diversos organismos públicos y, al mismo tiempo, de forma creciente, los compradores industriales de sus productos establecen normas para el producto. El agricultor ha perdido casi toda su autonomía y casi no tiene capacidad para tomar decisiones independientes. La prioridad del capital sobre el trabajo es evidente.

La subordinación del trabajo puede también estar basada en relaciones sociales, como lo muestran los denominados «contratos de integración», por los cuales el agricultor se compromete a producir los productos contratado de acuerdo

con las especificaciones del contratista. En estos sistemas el agricultor proporciona, sobre todo, la mano de obra y las instalaciones productivas, y corre con el riesgo de los fracasos en la producción. En este sistema, las opiniones están divididas entre quienes consideran que sigue siendo un agricultor y los que creen que se ha convertido en un trabajador asalariado peculiar. En cualquier caso, está claro que la capacidad del agricultor para tomar decisiones independientes que afectan al proceso de producción ha disminuido considerablemente. Como señala Van der Ploeg, «El trabajo agrario se ha reducido, se ha degradado a la ejecución de trabajos manuales. El trabajo mental, o por lo menos partes muy importantes del mismo, se ha externalizado» (13).

d) *Las condiciones de trabajo*

Hay que considerar varios aspectos. Primero, el uso intensivo de productos químicos en la agricultura presenta el riesgo de envenenamiento gradual de quienes los utilizan. Segundo, aumenta el número de accidentes graves causados por maquinaria de gran potencia (14). Tercero, la angustia causada por la mayor intensidad del trabajo y, sobre todo, por los problemas económicos de la agricultura parece que están causando problemas psicológicos graves en algunos países, aunque no se dispone de información sobre ello para España.

Con frecuencia los agricultores mencionan la soledad que implica su trabajo. Lo que proporciona la sensación de tener que soportar sólo una pesada carga, y, también, tiene consecuencias para las relaciones sociales de los agricultores. Dado que la mayoría de las explotaciones familiares actuales suponen sólo la dedicación de una persona, la presión del trabajo dificulta las relaciones con otras personas, y los agricul-

(13) J. D. Van der Ploeg (1987), 35.

(14) Según las estadísticas del Instituto Nacional de Seguridad e Higiene del Trabajo.

tores se encuentran con muy poco contacto con otros agricultores o con la gente en general.

Existen circunstancias particulares en las que los nuevos sistemas de producción tienen consecuencias negativas importantes. El trabajo en los invernaderos (en España generalmente bajo plástico) presenta un caso de condiciones de trabajo altamente insalubres. Especialmente en el sur (particularmente, pero no únicamente, en Almería), donde existen muchas explotaciones muy pequeñas, dedicadas exclusivamente a la producción bajo plástico, con extrema intensidad de producción y sistemas de regadío muy sofisticados. La atmósfera bajo plástico es especialmente peligrosa, debido al gran uso de fertilizantes y pesticidas químicos, altas temperaturas y fuerte humedad. Problemas análogos se producen en los casos de la producción intensiva avícola o de porcino.

La naturaleza familiar de la explotación dificulta el control institucional de las enfermedades profesionales o de las malas condiciones de trabajo.

Cambios en el trabajo requerido

a) En la composición de la fuerza de trabajo

La importancia de la agricultura empresarial en España se puede apreciar en el hecho de que los trabajadores asalariados representan un porcentaje mucho más alto de la población activa agraria que en los demás países de la CEE (8% como media). El trabajo asalariado ha aumentado desde el 28,6% en 1982 al 31,3% en 1987, o desde 36,5% en el mismo año base al 38,9% en 1990, según la fuente que se utilice. Todos estos datos tienen que ser interpretados muy cuidadosamente, debido a que la naturaleza temporal de la mayor parte del trabajo agrario hace difícil el calcular el trabajo real realizado. Otras estimaciones hechas sobre la base del censo de 1982 en términos de días de trabajo consideran que el trabajo asalariado representa el 21,1% del total, del cual el 9% corresponde a los trabajadores asalariados y el 12% a los trabajadores temporales.

El trabajo asalariado está estrechamente relacionado con la dimensión de la explotación y se concentra principalmente en la mitad sur del país, siendo mucho más importante en la agricultura que en la ganadería. Son dominantes los contratos temporales, incluso diarios (15) —no olvidemos que «jornaleros» viene de «jornal» o remuneración diaria—. Las mujeres representan una reducida proporción de los trabajadores asalariados (alrededor del 10% en 1986) y cada vez con más frecuencia son empleadas como trabajadoras ocasionales. De acuerdo con algunas estimaciones, el paro entre los jornaleros puede alcanzar el 60% (16).

El trabajo asalariado está creciendo a costa de las ayudas familiares (17). En la primera ola de emigración rural los trabajadores asalariados fueron los primeros en emigrar, pero esta tendencia cambió en los ochenta. En 1990 casi toda la reducción de trabajadores agrarios se puede adscribir a las ayudas familiares (18). Esta tendencia refleja la cambiante naturaleza del trabajo agrario: los nuevos tipos de explotaciones empresariales requieren trabajadores asalariados, una minoría de ellos con carácter permanente. Por otro lado, el trabajo familiar es escaso y los períodos punta se tienen que cubrir con trabajo externo. Asimismo, como el trabajo agrario se ha convertido en más intensivo y profesional, no puede ser realizado tan fácilmente de forma informal por miembros de la familia.

(15) Ver L. Ruiz Maya (1989).

(16) L. J. Garrido y J. J. González (1990).

(17) Es preciso mencionar aquí algunos problemas conceptuales. El término de «ayudas familiares» es muy impreciso, englobando a personas que trabajan en situaciones muy diferentes, como el hijo, presunto heredero y sucesor en la explotación, que trabaja a tiempo completo en la misma, junto a otros miembros de la familia que tienen empleos en el exterior y ayudan sólo ocasionalmente en los trabajos agrarios. Esta categoría necesitaría de mucha precisión definitoria y estadística. Parece que se dieron algunos pasos en esta dirección en los últimos censos agrarios, pero los resultados de los necesarios refinamientos definicionales no han sido publicados todavía. En relación con nuestro comentario en este apartado, sería interesante conocer si las «ayudas familiares» que desaparecen son las que suponen una mayor participación en la explotación, o, por el contrario, quienes comparten sólo muy parcialmente las tareas agrarias. De nuevo tengo que agradecer a J. J. González sus comentarios respecto a este punto.

(18) *Anuario de Estadística Agraria* (1987), *La agricultura, la pesca y la alimentación en España, 1990* (1991).

b) *La flexibilidad del trabajo*

La flexibilidad parece ser en la actualidad la palabra crucial en los mercados de trabajo. Las autoridades de política económica y los empresarios están intentando aumentar la flexibilidad de forma que el trabajo se convierta en un coste variable, evitando la rigidez de un importe fijo por salarios. La política económica española ha sido muy permisiva durante los ochenta en esta dirección, facilitando los contratos de trabajo temporales, de forma que actualmente, como es sabido, más del 30% de los trabajadores asalariados son temporales, alcanzando el 70% para quienes comienzan a trabajar y los más jóvenes.

La agricultura siempre ha practicado la flexibilidad laboral, habiendo estado siempre el trabajo estacional relacionado con la agricultura. La mecanización redujo parcialmente este tipo de trabajo, ya que disminuyó las exigencias de actividad en los períodos punta, introduciendo una cierta rigidez en el empleo, pero con una fuerza de trabajo muy inferior a la tradicional.

La explotación familiar también supone una cierta rigidez, ya que, por lo menos en principio, el trabajo disponible en la familia puede ser considerado como un factor fijo. El hecho de maximizar el empleo o los ingresos totales es a veces más importante en la agricultura familiar que la obtención del máximo beneficio. Sin embargo, la capitalización de la agricultura, la competencia y los mayores ingresos hacen que sea cada vez más difícil lograr estos objetivos, como lo muestra el número de jóvenes que, desde la agricultura familiar, abandonan la agricultura.

Por otra parte, en bastantes zonas rurales las empresas agrarias modernas se enfrentan con serios problemas a causa de las dificultades que encuentran para contratar trabajadores. Los precios y condiciones de trabajo que pueden ofrecer no son suficientes para atraer a los trabajadores disponibles, por un lado, y, por otro, algunos arreglos institucionales difi-

cultan la movilidad de la mano de obra y compartimentalizan los mercados de trabajo (19). El problema se resuelve parcialmente contratando trabajadores que vienen de áreas más pobres, especialmente para tareas estacionales. Pero si se necesita trabajo más permanente se recurre a trabajadores inmigrantes de Africa o Portugal, que aceptan salarios más bajos y peores condiciones de trabajo. Su presencia en las áreas rurales, donde los forasteros son poco frecuentes, está generando numerosos problemas sociales, particularmente importantes expresiones de racismo.

En España no existe la costumbre de usar otro tipo de trabajadores temporales, como estudiantes, aunque también en este aspecto se puede percibir un ligero cambio. En algunas áreas se valora mucho el trabajo que realizan los estudiantes de las escuelas de formación agraria que hacen prácticas en las explotaciones, que tiene, además, la ventaja de ser gratuito (20).

Cuando la explotación no necesita todo el trabajo familiar disponible, se buscan actividades externas para adaptar la oferta de trabajo a la mano de obra disponible. La pluriactividad constituye un sistema de ajuste orientado a hacer más flexible el trabajo «fijo» existente en la familia.

En conjunto, la modernización ha aumentado la diferenciación del trabajo en la agricultura. Por un lado, los agricultores con explotaciones económicamente viables y los asalariados encargados de explotaciones son considerados agentes productivos cualificados y tienen trabajo o empleos permanentes. Por el otro, encontramos trabajadores asalariados sin cualificación, temporales o estacionales, y los inmi-

(19) «El problema tiene como colofón las consabidas políticas de subsidio agrario y sus efectos de 'guetización', que no hacen, en último término, más que certificar la compartimentalización entre unos mercados y otros. El resultado es la conocida paradoja de que los mercados agrarios más claramente excedentarios (las comarcas andaluzas de gran explotación) siguen embolsando excedentes, en tanto que los deficitarios (la agricultura del valle del Ebro) lo son cada vez más». J. J. González: Comunicación.

(20) A. Lacroix señala también la importancia que este tipo de trabajo tiene para los agricultores en Francia. Ver ob. cit., p. 116.

grantes a bajo salario. Paralelamente, muchas familias con pequeñas explotaciones diversifican su fuerza de trabajo por medio de la pluriactividad. Nos encontramos aquí con una interesante dualidad: El agricultor generalmente vende su producto, no su fuerza de trabajo directamente, es un vendedor de mercancías. Pero cuando la venta de su producto no es suficiente para obtener los ingresos necesarios, pasa a vender su fuerza de trabajo, alterando muy significativamente su estatus.

Los sistemas tradicionales, para lograr una fuerza de trabajo flexible se han reforzado con nuevos sistemas de externalización de la agricultura y trabajo por contrata. Algunas tareas son realizadas por empresas externas, como, por ejemplo, cuando se contrata la realización de ciertas tareas que requieren un tractor con su tractorista. Existen diversas estrategias que utilizan la contratación de trabajo por agentes externos, tanto para disminuir las indivisibilidades relacionadas con la mecanización, como para cubrir las necesidades de tareas especiales o simplemente para reducir el empleo regular y permanente en las explotaciones. Es la versión agrícola de la tendencia general actual a la subcontratación. En la agricultura catalana, por ejemplo, en 1989, los trabajadores asalariados por empresas de contratación supusieron el 1% de las personas empleadas en agricultura y el 5% del trabajo asalariado. El trabajo por contrata aumenta debido a la creciente complejidad de la maquinaria y a su elevado precio, así como a la reducción de la mano de obra agraria y el aumento de la pluriactividad. Hay que destacar el hecho de que no son los pequeños agricultores quienes más utilizan estos modos de contratación; son los empresarios agrarios de mayor capacidad económica y especialmente los «agricultores absentistas», que viven en las ciudades, quienes recurren con mucha mayor frecuencia a los mismos, constituyendo los clientes más importantes de este sistema.

Arnalte (1989) sugiere que la estructura agraria de los países mediterráneos aumenta la utilización de maquinaria por contrata, especialmente el tractor, en comparación con

los países nórdicos de la CEE, aunque parece que estas prácticas están aumentando también en estos últimos (21).

La oferta de este tipo de servicios se inició por medio de las cooperativas, pero se amplió sustancialmente cuando algunos agricultores con explotaciones medianas y grandes compraron maquinaria muy cara y se encontraron que disponían de tiempo libre. Algunos de ellos se han convertido prácticamente en empresas de contratación de servicios con maquinaria agraria, trabajando exclusivamente como contratados; otros trabajan con este sistema, con fórmulas muy variadas, y obtienen sustanciales complementos a sus ingresos agrarios.

La modernización ha ido implantando la externalización en todo el sistema. Una expresión más antigua de ésta es la creciente importancia de los *inputs* externos, que ha ido rompiendo el carácter autosuficiente de la producción agraria. El trabajo por contrata no es más que un paso más en la externalización basado en el casi único elemento que todavía produce el agricultor, es decir, su trabajo. Este proceso tiene importantes consecuencias para el análisis de la unidad productiva, las necesidades de inversión, los elementos que determinan la dimensión de la producción agraria y las relaciones entre la estructura agraria y los ingresos agrarios. El sistema de producción actual externaliza el proceso de producción mismo, cerrando así el círculo que se inició con la modernización. Su coherencia ya no reside en el proceso de producción local, sino en los niveles nacional e internacional. Por otra parte, el intercambio tradicional de servicios entre vecinos ha disminuido sustancialmente; la modernización ha terminado con la tradición de este tipo de servicios, muy importantes en el pasado.

(21) Existe una amplia documentación sobre la materia para la agricultura italiana. En España, E. Arnalte es el pionero en este tema. Ver Arnalte (1989). He utilizado también su trabajo mimeografiado, por el que le manifiesto mi agradecimiento, «El desarrollo de empresas de servicios agrícolas y su función en las agriculturas mediterráneas», Arnalte (1992).

c) *La cualificación del trabajo*

Se produce una clara contradicción entre la conveniencia de una mayor flexibilidad de la mano de obra y la necesidad de su mejor cualificación, que generalmente requiere contrataciones más regulares. Veamos cómo la agricultura trata de resolver este problema.

De nuevo la situación difiere para distintos tipos de trabajo. Los agricultores familiares son los que se han visto obligados a cambiar más. La incorporación de capital, la producción masiva y la velocidad del cambio han llevado a los agricultores a percibir de forma extremadamente acusada los cambios en el sistema general de producción agraria y los sistemas de comercialización, así como en los mercados de *inputs*, tecnología y condiciones financieras.

Todavía más significativo es el cambio en la toma de decisiones. En la actualidad, la separación entre la realización material de las tareas de producción y el conocimiento necesario para dirigir la explotación es ya muy grande y, además, creciente. El agricultor tiene que ser cada día más un empresario, pero en la explotación familiar tiene que continuar siendo, además, el trabajador directo. Como señala Van der Ploeg, la productividad de la explotación tradicional dependía de la capacidad técnica del agricultor, pero en la explotación moderna la productividad depende de su capacidad como empresario (p. 23): «El conocimiento técnico de los agricultores disminuye y al mismo tiempo su capacidad empresarial tiene que mejorar».

En España todavía existe una tendencia a valorar más los aspectos técnicos de la formación agraria, ignorándose con frecuencia el aspecto empresarial. Muchos observadores de las explotaciones familiares, de hecho, señalan que la falta de capacidad empresarial es uno de los elementos que limitan con más fuerza el desarrollo de la agricultura. Sin embargo, se observa también que cuando existe la capacidad económica, la capacidad empresarial se obtiene. En los últimos

veinte años los agricultores españoles han demostrado muy convincentemente su capacidad para el cambio, para adaptarse al mismo y a una visión más empresarial. Pero hay que considerar que es extremadamente difícil ser un «manager» de ideas avanzadas cuando hay muy poco para manejar. La falta de capacidad empresarial no debe confundirse con escasez de recursos para las nuevas condiciones de producción. Tal confusión puede llevar a medidas de política económica muy erróneas. Es como decir a la gente pobre que son pobres porque les falta la capacidad empresarial para mejorar su suerte.

Un agricultor dinámico tiene que combinar un alto grado de capacidad empresarial con la habilidad para realizar las tareas materiales del proceso productivo. Esta combinación es ya difícil en sí misma, pero alcanza dimensiones heroicas si consideramos los distintos tipos de conocimientos, enfoques e incluso aficiones personales que ambas cualificaciones requieren. Un joven agricultor, con grandes ideas empresariales, puede encontrar poco atractivo el dedicar la mayor parte de su tiempo a un trabajo solitario y rutinario en los campos, mientras que una persona que se siente atraída por un trabajo tranquilo en el campo puede no estar en absoluto interesado en el tipo de enfoque empresarial del que depende su sobrevivencia. Esta contradicción no es ajena a los problemas que experimentan algunos agricultores jóvenes que deciden quedarse en la agricultura porque les gusta la vida rural, y se encuentran que no disfrutan mucho de la misma cuando, siendo responsables de sus explotaciones, tienen que actuar como duros hombres de negocios.

La minoría de los trabajadores permanentes en la agricultura incluye a los encargados de las explotaciones, a los trabajadores agrarios especializados y a los operadores de maquinaria. Las dos primeras categorías son muy difíciles de encontrar, ya que la mayoría de personas cualificadas en la agricultura trabajan en sus propias explotaciones. En cuanto a los operadores de maquinaria, en general conductores de grandes máquinas, están cualificados en trabajos no agrarios

y gradualmente tienden a convertirse en trabajadores industriales.

La situación es muy distinta para los trabajadores temporales. Las cualificaciones requeridas, de hecho, se reducen a seguir el ritmo de la maquinaria. Tareas como las de recolección de la fruta o el algodón son aptas para trabajo sin ninguna cualificación. La agricultura moderna acentúa la división entre los trabajadores agrarios. Una minoría de agricultores con explotaciones viables se convierten en empresarios agrarios con capacidad altamente diversificada, mientras que una población disminuida en número de trabajadores agrarios, casi siempre temporales, permanece sin ninguna cualificación. Encontramos aquí la misma dicotomía que está afectando a los trabajadores en todos los países industrializados.

Una última reflexión acerca de las ayudas familiares. En general, no tienen cualificaciones específicas agrarias, excepto en los casos de los hijos que heredarán la titularidad de la explotación o las ayudas de los padres jubilados. Con frecuencia, las ayudas consisten en las esposas y parientes que trabajan en otros sectores. Es posible que hayan adquirido alguna experiencia a base de trabajar en ello, pero con la excepción de las esposas que realizan el trabajo administrativo y contable de la explotación, en general, los familiares que ayudan sólo realizan tareas manuales.

Cambios en el sistema de organización social

a) El papel de las mujeres

Se ha escrito mucho recientemente acerca del papel de las mujeres en la agricultura. Las estadísticas de la agricultura española muestran un aumento en el trabajo femenino, desde un 20% de la población activa en 1967-69 a un máximo del 26,1% en 1980. A partir de esta fecha experimenta un retroceso, llegando sólo al 23,3% en 1986 y un nuevo aumento

para 1987 y 1988 (22). Es dudoso hasta dónde estas cifras suponen cambios reales o reflejan mejoras en el sistema estadístico. De todos modos, de nuevo es necesario distinguir entre distintas regiones y tipos de agricultura.

Nos referiremos en primer lugar a las explotaciones ganaderas minifundistas del norte, donde las mujeres siempre han tenido un papel crucial en la agricultura. Ellas han cubierto los huecos dejados por los hombres ausentes, viéndose obligadas a trabajar duramente en las tareas agrarias durante todo el año. La mecanización, el regreso de muchos emigrantes y el paro industrial han facilitado sus tareas, pero siguen teniendo un papel importante.

También tienen un papel destacado en áreas ganaderas como los Pirineos, aunque las explotaciones sean mayores y los hombres permanezcan en las explotaciones. El papel de las mujeres es también crucial en muchas zonas de producción de hortalizas con trabajo intensivo. Merece la pena destacar que, en estas zonas, en las explotaciones pequeñas, la modernización conduce en ocasiones a deteriorar la condición de las mujeres: disminuye la mano de obra familiar disponible y aumenta la intensidad del trabajo, conduciendo a la desaparición del tiempo libre. Así mismo, la introducción de la maquinaria, aunque ha hecho que el trabajo físico no sea tan duro, permite que las mujeres realicen tareas que no hacían en otras épocas. Además, la pluriactividad, tanto de los hombres como de las propias mujeres, incrementa las necesidades totales de mano de obra. El tiempo libre desaparece y se pierde en calidad de vida, aunque se disponga de ingresos más elevados.

En general, las mujeres realizan tareas subordinadas, en el sentido de que muy pocas veces son ellas las titulares de la explotación. Casi siempre actúan como ayudas familiares, muchas veces sin salario o remuneración alguna. En relación a las esposas de los titulares, el trabajo doméstico y el de la

(22) J. M. García Álvarez-Coque y E. Arnalte (1990).

explotación prácticamente no se diferencian y ambos se considera que constituyen la obligación de cualquier esposa normal. Son muy pocas las mujeres solteras que trabajan en la agricultura familiar. La mayoría de chicas solteras viven con su familia y algunas ayudan de vez en cuando, pero su trabajo es considerado como una contrapartida normal de su pertenencia a la familia. En los pocos casos en los que el sucesor de la explotación es una mujer (más en Cataluña o Euskadi, con su sistema unitario de herencia, que en el resto de España), se supone que se casará con un hombre que llevará la explotación. En bastantes casos de explotaciones pequeñas, parece bastante probable que sea el trabajo no pagado de las mujeres el que permite la sobrevivencia de la explotación.

No todo es negativo respecto al trabajo. El trabajar en la explotación parece proporcionar a la mujer (casi siempre la esposa del titular) un mayor estatus dentro de la familia. No existe información sistematizada sobre este aspecto, pero se percibe con bastante facilidad que las mujeres que juegan un papel importante en el trabajo de la explotación juegan también un mayor papel en la toma de decisiones acerca de la explotación.

Pero no se puede dudar que la vida de estas mujeres agricultoras es bastante dura. En Galicia, los pueblos rurales son muy pequeños y ofrecen pocas comodidades; en el resto de la región cantábrica la mayoría de las explotaciones están diseminadas por las montañas y las relaciones sociales son muy escasas. Aunque la introducción del automóvil y las mejoras en las carreteras rurales han mejorado mucho esta situación —y las mujeres han respondido rápidamente a las nuevas condiciones utilizando el coche más que los agricultores, todavía la vida rural es, en muchas ocasiones, difícil y aislada.

Muchas más mujeres que hombres abandonan el ámbito rural. En las áreas ganaderas de montaña esto ha llevado a lo que es conocido como «el problema del matrimonio».

La situación es distinta para las explotaciones de mayor di-

mención. La mecanización, el aumento en la cifra de negocios y las mejoras en el estándar de vida está conduciendo a una clara diferenciación entre la esfera doméstica y la productiva. El trabajo se convierte en una tarea individual, con poca relación con la familia, igual que en las otras esferas de la economía. Se percibe aquí una masculinización del trabajo agrario y el correspondiente decrecimiento de la participación de la mujer.

Cambia también la posición respecto al matrimonio. El problema matrimonial afecta a los agricultores con un tipo de vida tradicional, en general, aunque no siempre, con explotaciones de dimensiones reducidas. Con frecuencia, si la explotación es mayor y su economía sólida, el agricultor tiende a ser una persona con un mayor nivel de educación formal y una diferente concepción de la vida cotidiana. Todavía puede encontrar dificultades para su matrimonio, pero pueden resolverse más fácilmente que en el caso de los agricultores tradicionales de menor capacidad económica, que hemos mencionado. Como en otros muchos países, las jóvenes rurales en España alcanzan un nivel de educación superior que los chicos y tienen aspiraciones de estilos de vida más urbanas, haciendo de un moderno sistema de vida un elemento clave para sus relaciones personales y su matrimonio. Lo que está conduciendo a un interesante cambio: en las explotaciones económicamente viables, llevadas por agricultores jóvenes y con bastante formación, las esposas tienden a ser jóvenes no agricultoras, a menudo con buena formación profesional y con empleos antes de casarse, los cuales mantienen después de su matrimonio (23).

Las dos situaciones mencionadas se encuentran con rela-

(23) Según J. J. González, en las familias campesinas prósperas se da la tendencia «a concentrar la inversión en capital humano en las hijas, con vistas a alguna forma de desclasamiento, en tanto que han tratado de preservar a los varones (o a alguno de ellos, cuando hay varios) para la explotación». Esta tendencia, más el sistema de herencia de distribución igualitaria de la tierra entre los hijos, lleva a una posición asimétrica entre los sexos que, para dicho autor, constituye la mejor explicación del celibato de los jóvenes agricultores, por un lado, y de los matrimonios con posiciones culturales distintas, por otro, conduciendo ambos elementos a la paradoja de la «desfamiliarización de la agricultura familiar», fenómeno de gran interés que subraya el autor y al que no se le está concediendo suficiente importancia.

tiva frecuencia en Cataluña, por ejemplo. En la zona montañosa, más tradicional, los agricultores tienen serias dificultades para casarse, mientras que en los valles o cerca de pueblos grandes cada día más esposas de agricultores tienden a ser maestras, enfermeras, trabajadoras sociales, administrativas o trabajadoras en la industria. Nos parece que apuntan a una interesante tendencia de futuro.

La modernización de las explotaciones y de los sistemas de vida está conduciendo a una separación creciente entre las áreas doméstica y de producción de la explotación familiar. La agricultura se está reduciendo a ser una actividad productiva, mientras que la familia mantiene solamente su papel reproductor. La familia agraria no mantiene —si alguna vez la tuvo— una unicidad económica y de decisiones. La esposa agricultora, teniendo que trabajar con extrema dureza y con un marco familiar muy tradicional está desapareciendo muy rápidamente, dado que las pequeñas explotaciones están también desapareciendo o convirtiéndose en pluriactivas.

Aunque muchas mujeres se ocupan de la contabilidad de la explotación, ésta se reduce generalmente a los aspectos «internos» de la misma. Tan pronto como las tareas administrativas plantean necesidades externas, éstas corresponden a los hombres: por ejemplo, solicitudes de ayudas correspondientes a las políticas oficiales, declaraciones de impuestos y, especialmente, el trato con los bancos, los llevan, en general, los hombres.

El centro y el sur de España presentan otro cuadro. En las áreas cerealistas del centro (cereales, remolacha, etc.) antiguamente las mujeres trabajaban bastante y de forma muy dura, pero la mecanización ha mejorado relativamente su situación. Además viven en pueblos donde el aislamiento social es mucho menor. Actualmente todavía las mujeres continúan trabajando en el campo, especialmente en la cosecha, pero ni demasiado duramente ni durante períodos muy largos. No obstante, la mayoría de las jóvenes emigran porque no les atrae la forma de vida rural.

De nuevo, el sur es distinto. Aquí, las grandes empresas

agrarias se combinan con explotaciones familiares minifundistas, donde la mano de obra es abundante. Hay que distinguir entre dos tipos de trabajo: la participación femenina en las pequeñas explotaciones familiares del trabajo como jornaleras en las grandes empresas agrarias.

En las primeras, hay que considerar que la gente vive en pueblos grandes y los campos están distantes. Que la falta de empleo, la abundancia de mano de obra masculina y la cultura de la zona ha llevado a valores y actitudes distintas acerca del trabajo femenino, haciendo que el trabajo de las mujeres en la agricultura familiar sea limitado.

No sucede lo mismo en las grandes empresas agrarias. En Andalucía son muchas las mujeres que trabajan como jornaleras siempre que encuentren trabajo, constituyendo la mayor parte del trabajo femenino agrario. Para las jornaleras, la maquinaria ha empeorado su situación en mayor grado que la de los hombres, ya que muchas de las tareas a las que se dedicaban las mujeres eran complementarias de los de aquéllos y han desaparecido. El paro de las mujeres jornaleras es todavía más alto que el de los hombres.

Las mujeres ocupan cada vez más puestos de trabajo en la elaboración o la comercialización de productos agrarios, así como en los nuevos sistemas de producción agraria intensiva. En las áreas rurales de producción hortícola —mayoritariamente en el sur, pero también en el este y el norte— el trabajo estacional en las agroindustrias es un medio importante de obtener ingresos para las jóvenes. En general, son empleos temporales y no cualificados, con altos ritmos de actividad, organizados en líneas «industriales», pero con salarios menores y malas condiciones de trabajo.

En resumen, puede afirmarse que el trabajo de las mujeres continúa siendo abundante y necesario en muchas regiones, si se quiere que la explotación familiar sobreviva. Aunque algunas tareas físicas se han suavizado y el trabajo administrativo ha aumentado, la naturaleza subordinada del trabajo femenino no ha cambiado y no es probable que se altere

sustancialmente en el próximo futuro. La disociación entre el trabajo agrario y el ámbito familiar que ya existía en las áreas más pobres y de empleos temporales del sur aparece ahora, como consecuencia de la modernización agraria, más al norte. Será interesante analizar hasta dónde la pluriactividad aumenta o frena esta tendencia.

b) *El sindicalismo agrario*

Los sindicatos agrarios no oficiales en la última época franquista eran una compleja mezcla de lucha política y peticiones económicas. Se basaron principalmente en las explotaciones familiares, mientras que en el sur los sindicatos estaban integrados por los jornaleros. La posición básica de los sindicatos era la de considerar a sus miembros agricultores como «trabajadores de la agricultura» y buscaban una retribución justa por su trabajo y sus medios de producción —de los que eran y son propietarios—, a través, principalmente, de unos «precios justos» para sus productos.

La modernización de la agricultura y la democracia han cambiado muy significativamente esta situación. La democracia ha permitido la existencia de los partidos; al mismo tiempo, el desarrollo de la agricultura empresarial y la diferenciación de la agricultura familiar han llevado a desarrollar un número significativo de empresas agrarias familiares modernas. En algunos casos, estos agricultores «empresariales» han creado sus propios sindicatos para reflejar los intereses de los agricultores de mayor poder económico, pero en otros los agricultores más potentes han pasado a dominar los sindicatos ya existentes, generando planteamientos mucho más empresariales. Sus peticiones se refieren ahora a otros aspectos no relacionados directamente con el trabajo, sino con aspectos más empresariales, como los apoyos para la reestructuración agraria o la racionalización y la mejora de la competitividad empresarial. El cambio no es fácil ni inmediato y todavía subsiste parte de la antigua filosofía, pero el

resultado final es claro. Sólo se hace referencia nominal a los problemas de las explotaciones marginales, o sus problemas se aducen para lograr ventajas para las organizaciones más empresariales. Y, excepto en los sindicatos de jornaleros, los trabajadores agrarios asalariados han sido eliminados de los sindicatos agrarios.

c) *La juventud y el mundo rural*

Es una premisa generalmente aceptada la del envejecimiento de la mano de obra agraria. En España la población rural joven disminuyó en los pueblos más pequeños en un 30% entre 1960 y 1981, el 10 % en los pueblos de dimensión media entre 1960 y 1970, para aumentar entonces en un 4,4% entre 1970 y 1981 (24). La recesión económica frenó la salida de población joven, pero los datos desde 1987 hasta 1992 muestran que la salida de la juventud recomienza rápidamente. La gente joven vuelve a abandonar el medio rural tan pronto como encuentra oportunidades económicas en otros lugares.

En las áreas rurales, aproximadamente la mitad de la gente joven ocupada trabaja en la agricultura. Comienzan a trabajar más jóvenes que en las ciudades, pero el 78,8% de los que trabajan en la agricultura lo hace como ayudas familiares, de los cuales más de una cuarta parte no recibe remuneración. Estas cifras indican la gran dependencia de los jóvenes de su familia, pero, al mismo tiempo, la falta de responsabilidad en la explotación agraria. Nos encontramos ante un grupo de gente ocupada, pero que no disponen de unos ingresos independientes ni de una relación laboral claramente definida.

La escolarización formal es más baja que en las ciudades, y escasa la formación agraria. En general, los jóvenes rurales reciben una formación para empleos ajenos a la agricultura,

(24) Los datos hasta 1984 son de J. J. González *et al.* (1984). Para los datos de fechas posteriores, *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas* (1987 a 1990).

que, sin embargo, son difíciles de encontrar: «... Estimulados por las (pasadas) expectativas de crecimiento industrial, un alto porcentaje de jóvenes rurales se han preparado para oficios que no les conducen a ninguna parte, sino que les remiten de nuevo a la misma zona rural de la que intentaron trabajosamente marcharse... (Esta situación) constituye la base estructural de la depresión y la confusión de la juventud rural».

La tasa de paro entre los jóvenes rurales es 3,5 veces mayor que para los trabajadores rurales de 30 a 44 años, aunque la diferencia del desempleo con la edad es menor en las áreas rurales que en las urbanas, donde los jóvenes se encuentran con una situación todavía más difícil.

El cuadro general para la juventud rural muestra una imagen de depresión económica y marginalidad cultural, donde no hay lugar para la mayoría de los jóvenes y donde se sienten aparcados esperando una oportunidad para escaparse. El futuro de las áreas rurales se presenta, por tanto, bastante oscuro.

TRABAJO NO AGRARIO

Nuevos enfoques para el mundo rural

Actualmente es patente y está generalmente aceptado que la agricultura no tiene ya capacidad para absorber suficiente población trabajadora que mantenga comunidades rurales activas y dinámicas. El desarrollo rural ya no es el resultado «natural» de las actividades productivas, sino una consciente opción social. Se están buscando intensamente otras salidas para que la población pueda permanecer en las comunidades rurales (25).

Estas tendencias han llegado a España. Los académicos y

(25) Véase M. Etxezarreta (ed.) (1998a) y M. Etxezarreta (1988b).

los políticos han adoptado completa y estusiásticamente los nuevos enfoques para el desarrollo rural y han tenido éxito transmitiéndolos a los dirigentes locales, la opinión pública y las familias rurales, aunque los agricultores parece que son más difíciles de convencer.

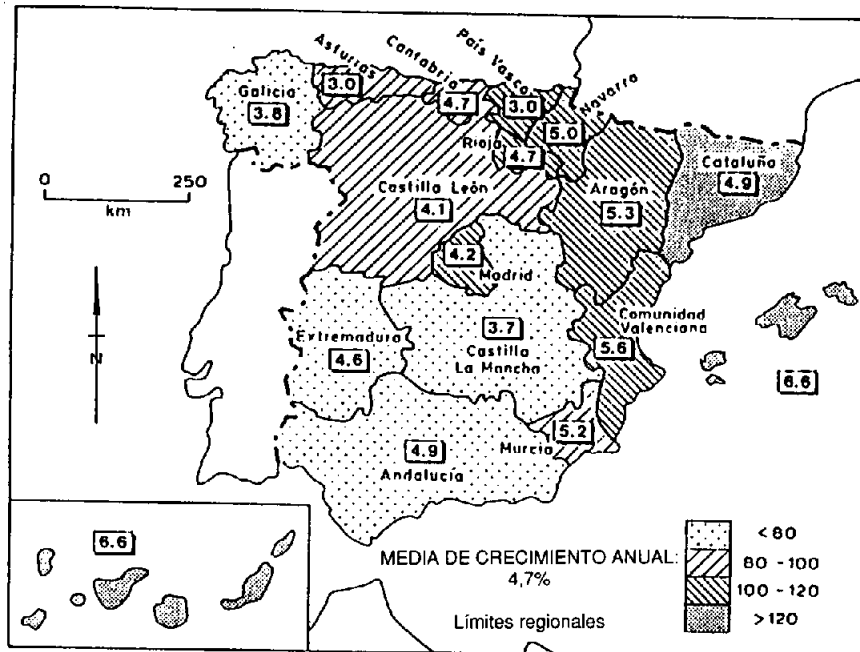
Las líneas generales de estos desarrollos en un país semiindustrial como España suscitan las siguientes consideraciones:

a) Estos enfoques todavía sólo se han desarrollado de forma secundaria y parcial. El mundo rural se asocia todavía mayoritariamente con la agricultura y sólo después con fuentes complementarias de renta. Aunque los ingresos generados en otras actividades hayan podido aumentar e incluso convertirse en los más importantes para muchas familias, en términos generales, la agricultura goza todavía de la consideración mayoritaria como fuente de ingresos.

b) Esta posición probablemente es debida al hecho de que las oportunidades económicas no agrarias en el mundo rural están estrechamente relacionadas con el nivel general de desarrollo económico. En los países más pobres, y España es un país pobre en el contexto europeo, hay menos oportunidades económicas en el medio rural que en los países más ricos. Además, como se refleja en el mapa 2, las diferencias de ingresos son muy importantes entre las regiones, y aquellas que tienen las rentas más bajas son las que tienen las poblaciones agrarias más altas, haciendo difícil el encontrar oportunidades económicas no agrarias.

Excepto en las áreas rurales con una industrialización ya tradicional, hay pocas oportunidades nuevas. Las posibilidades para el mundo rural están relacionadas con nuevas apetencias sociales generadas por niveles de vida más altos. En España, aunque también comienzan a percibirse estas tendencias, parecen considerablemente inferiores a las de los países europeos más ricos. Por ejemplo, la tendencia hacia el «turismo verde» es mucho más débil en España, donde la mayoría de los habitantes de las zonas rurales están todavía generacionalmente

MAPA 2
Tasas de crecimiento y diferencias de rentas por
Comunidades Autónomas



Fuente: *El País*, Anuario Económico 1990, p. 429.

relacionados con el medio rural y no parecen tener demasiado interés en aumentar sus conexiones con el mismo. Incluso la mera capacidad de consumo de bienes no necesarios y no industriales es menor. Estos elementos afectan también a lo que es políticamente posible. Cuando todavía muchos servicios públicos básicos son muy débiles, tanto en las áreas urbanas como en las rurales, es muy difícil dedicar muchos recursos a desarrollar proyectos especiales para un espacio rural distante y poco poblado. La mera transferencia de esquemas modernos de pensamiento a un país como España no proporciona por ello los medios materiales para la realización de las recientemente descubiertas tendencias teóricas. Por ello, aunque se pueden percibir amplios desarrollos de esta línea de pensamiento en términos teóricos y políticos, la

demanda real para estos tipos de actividades es baja, así como los fondos públicos dedicados a las mismas.

Las actividades generadas en las áreas rurales pueden clasificarse en diversos tipos. Un grupo se relaciona con los servicios turísticos con una demanda todavía débil, excepto en algunas zonas de esquí muy específicas. Un segundo grupo se basa en los emigrantes retornados que se establecen en los pueblos con pequeños negocios dedicados a satisfacer la demanda local, muy frecuentemente bares o comestibles. En tercer lugar hay que señalar los sistemas de trabajo a domicilio que se han desarrollado durante la crisis económica. A ellos hay que añadir el hecho de que, con la generalización del automóvil, los habitantes de los medios rurales que trabajan en las ciudades próximas han descubierto las ventajas de vivir en los pueblos y ya no los abandonan como zonas de residencia, sino que se desplazan diariamente a sus trabajos, a diferencia de lo que sucedió en los sesenta y setenta.

No hay información cuantitativa acerca de la amplitud de estas tendencias, pero puede percibirse con facilidad que son de importancia limitada, incluso si parecen estar creciendo rápidamente. Algunos datos no publicados y muy parciales para algunas regiones muestran que aproximadamente la mitad de la población rural todavía trabaja en la agricultura, con la otra mitad dedicada a la industria o en los servicios tradicionales para la población local.

El trabajo en las actividades no agrarias

Las oportunidades para emplearse como trabajador asalariado no agrario en el mundo rural son escasas y decrecientes, ya que algunas empresas industriales locales han cerrado a causa de la crisis económica. En algunas regiones donde la industria y los servicios están diseminados, los agricultores y la población rural se desplazan diariamente para trabajar en estas empresas. Pero no se está produciendo ningún indicio

de que haya nuevas industrias que puedan ser importantes en las áreas rurales, ni se percibe ninguna política pública de desarrollo industrial o de servicios que incluya consideraciones espaciales. En España, la crisis económica y la reestructuración industrial han sido muy severas y todos los esfuerzos se han dirigido a mantener la industria, «como sea». La concentración geográfica de la moderna industria y los nuevos servicios aumenta a favor de las grandes áreas industriales y urbanas, donde están situados los mejores sistemas de comunicación y los mayores mercados (26).

No es fácil identificar tendencias claras para las condiciones del trabajo asalariado en las áreas rurales. Muchos autores señalan que las empresas situadas en éstas pueden pagar salarios más bajos y ofrecer a sus trabajadores menores beneficios sociales, y consideran estos aspectos como ventajas comparativas de las áreas rurales para poder atraer la industria. Pero estas ventajas no están demasiado claras si el análisis se refiere al trabajo asalariado en empresas. Es verdad que hay diferencias regionales en salarios y que unas regiones son más pobres que otras. Pero esto no parece depender tanto de la mayor o menor importancia de las actividades agrarias en la región, sino de la estructura económica general de la misma y, sobre todo, del tipo de actividades (no agrarias) a las que ésta se dedica preferentemente. Existen algunos indicios de que los contratos de trabajo son para períodos más cortos y más irregulares en las zonas rurales, pero las diferencias no parecen ser muy significativas, especialmente desde que los contratos temporales se han convertido en normales en los demás sectores. Por tanto, aunque hay diferencias entre los salarios y las condiciones de trabajo entre las diversas regiones, no parece que éstas dependen del grado de ruralidad de las mismas.

(26) El índice de Gini de concentración espacial según la producción por kilómetro cuadrado ha sido creciente desde 1965, con las excepciones de 1979 y 1985; en 1989 alcanzó el nivel de 0,62456. Véase *Renta nacional de España y su distribución provincial* (1989). Para una evaluación más cuantitativa de la política regional véase J. Rosell y L. Viladomfu: «La política regional en los ochenta, ¿continuidad o ruptura?», en M. Etxezarreta *et al.* (1991).

No obstante, sí que parece que los trabajadores en las áreas rurales son menos reivindicativos. Los empresarios señalan que incluso en áreas industriales los trabajadores de origen rural son menos conflictivos que los trabajadores de tradición industrial: «no hay trabajador más duro y disciplinado que un agricultor acostumbrado a trabajar para sí mismo». Por ello, con frecuencia, los patronos industriales prefieren emplear a gente de origen agrario. Por otra parte, sin embargo, en algunos conflictos industriales muy duros en empresas situadas en áreas rurales, los empresarios se quejaban amargamente de que, como muchos trabajadores disponían de ingresos de otras fuentes, especialmente los agricultores familiares, podían resistir más. Pero estos casos especiales no parecen alterar la tendencia general de trabajo duro y disciplina del trabajador rural.

La mejora en la formación profesional puede plantear nuevas dificultades. La falta de trabajos de alta cualificación en las zonas rurales hace difícil que la juventud más preparada pueda permanecer en ellas. Es posible que la situación esté comenzando a cambiar ligeramente en las ciudades de dimensión media, pero todavía es muy difícil que los jóvenes altamente cualificados puedan emplearse en las ciudades menores y los pueblos, viéndose obligados a abandonarlos.

Existe poca información detallada acerca de la industrialización difusa. Incluso en las regiones donde tales sistemas son tradicionales, como en el País Valenciano, es difícil de precisar si el empleo ha aumentado. Ya se conoce la amplitud del trabajo sumergido en nuestro país, y mucho de lo que se puede considerar como «industrialización difusa» no es más que industria sumergida de tipo más bien tradicional, donde la mayoría de trabajadores no tienen empleo regular o seguridad social. La modalidad que parece haberse expandido más es la del trabajo a domicilio a destajo. Durante los momentos más duros de la crisis económica algunas grandes empresas que cerraron sus talleres en las zonas industriales las reemplazaron por trabajo de mujeres a destajo con bajos salarios y sin seguridad social. Pero estos cambios tuvieron lugar tanto

en las áreas urbanas como en las rurales, zonas periurbanas o pequeñas ciudades industriales.

La mayoría de iniciativas para los nuevos sistemas de desarrollo rural exigen bien la creación de actividades por los mismos pobladores rurales o del empleo público generado por la ampliación de los servicios públicos.

El empleo público podría ser muy importante. Ahora que se pretenden desarrollar —por lo menos en teoría— nuevas formas de utilización de los recursos naturales y el medio ambiente, cuando se destaca la necesidad de proveer de una buena infraestructura física y social, cuando se trata de desarrollar los servicios culturales, de explorar nuevos sistemas de utilización del espacio rural... es obvio que una generosa provisión de bienes o servicios, total o parcialmente financiados por el erario público, podrían ser aspectos fundamentales para aumentar el empleo y las oportunidades económicas en las áreas rurales. El empleo público podría ofrecer amplias oportunidades, incluso superiores a su impacto cuantitativo. Existen algunos buenos ejemplos de la utilidad de este tipo de enfoques. En los últimos quince años, en algunas regiones se ha creado un cierto número de empleos en municipios rurales mediante la ampliación de los servicios públicos. A pesar de que su número ha sido reducido, tales medidas han proporcionado empleos especialmente para mujeres con cualificaciones medias —asistentes sociales, maestras, enfermeras—, que constituyen un segmento crucial de la población, si se pretende que aumente el número de familias con mejores niveles educativos y se formen comunidades locales dinámicas, en las zonas rurales.

A pesar de ello, la tendencia actual en torno al gasto público —mantenimiento del mismo o reducción— hace que no sea muy realista esperar expansión importante alguna del empleo público en las áreas rurales. A pesar de los discursos oficiales, las prioridades reales no transcurren en tal dirección.

Otras líneas de desarrollo parecen presentar más posibili-

dades. Se está prestando gran atención a las oportunidades económicas generadas por los propios habitantes de los medios rurales, basadas en pequeñas inversiones privadas, junto con el propio trabajo personal o familiar. Los recursos financieros (ahorros) y el trabajo familiar pueden complementarse para proporcionar actividades e ingresos a las familias rurales. Dichos esquemas son denominados de muy variadas maneras —desarrollo rural integrado, desarrollo armónico, eco-desarrollo, etc.— e incluyen a la industrialización difusa. En muchos casos se contempla la combinación de las actividades externas y de la agricultura como un sistema de actividades múltiples —pluriactivo— para el titular de las explotaciones agrarias o su familia. Iniciativas relacionadas con el turismo rural parecen adaptarse muy bien para este tipo de combinaciones, así como la artesanía y la venta directa, en la propia explotación, de productos agrarios.

Estos esquemas pueden proporcionar diversas conformaciones para utilizar el trabajo familiar y los ahorros familiares. Puede también permitir a las familias rurales nuevas y mejores oportunidades de tener contacto social con gente de otros lugares, que facilita una visión más amplia de la vida y la mejora cultural. Pueden favorecer la diversificación y la plena utilización de la capacidad profesional familiar. Y constituyen arreglos muy flexibles, ya que se autoorganizan y pueden responder mejor a la demanda. En una palabra, parece que pueden convertirse en un importante mecanismo para el desarrollo rural.

No obstante, a pesar de la favorable interpretación que generalmente se concede a estos tipos de organización, es necesario mencionar algunos aspectos menos atractivos:

Primero, no hay garantía alguna de que el trabajo familiar excedente se ocupe plenamente. Ello depende enteramente de la posible demanda para el mismo. Una característica importante de este tipo de sistemas es que no constituyen una parte de la actividad económica fundamental de la economía, sino que recoge los aspectos más bien marginales de la misma. Por

ejemplo, no recoge grandes fenómenos turísticos, sino mercados minoritarios y de menor entidad económica. Este tipo de demanda está creciendo, desde luego, pero es bastante vulnerable y muchas de sus modalidades se basan con frecuencia en consumidores de menor poder adquisitivo. Además, la organización de este tipo de iniciativas suele estar menos desarrollada. La incertidumbre que las acompaña tiende a ser alta, mientras que es baja la capacidad de sus agentes pluriactivos para resistirla. Todavía más, los modestos ingresos que generan este tipo de actividades las hacen más aptas a ser consideradas como operaciones de emergencia, para la sobrevivencia, que como sistemas satisfactorios y permanentes de ganarse la vida.

Segundo, si el sistema tiene éxito, el nivel de empleo de la familia puede ser excesivo. Aunque con frecuencia se afirma que los sistemas pluriactivos tienen la ventaja de poder combinar las tareas de las diversas actividades, ello no sucede con mucha frecuencia en el mundo real. La pluriactividad es a menudo fuertemente estacional, y se pueden encontrar todos los miembros de las familias pluriactivas trabajando incluso por encima de su capacidad. Incluyendo, a menudo, a las personas mayores y los niños. Puede darse el exceso de trabajo en la forma de largas jornadas de los miembros adultos, pero también a través de la utilización del trabajo de todos los miembros de la familia, incluso si no están en edad laboral o se encuentran con condiciones de trabajo muy desfavorables. Dado que no existe prácticamente ningún control institucional para tales actividades, es casi imposible controlar las prácticas negativas.

Tercero, muchas personas que se ocupan en estas actividades son «obreros de muchos oficios», sin cualificaciones profesionales. Ello no supone que no son inteligentes, espabilados e imaginativos. Al contrario, con frecuencia tienen que ser muy hábiles si quieren tener éxito, pero no disfrutan del reconocimiento de la cualificación profesional. Es posible que esto sea más acusado en España a causa de la todavía reducida importancia de este tipo de prácticas, pero de momento es así y no se ve fácil un cambio en el futuro.

Lo que va en dirección exactamente contraria a los esfuerzos que hacen las familias por proveer de un buen nivel de cualificación profesional a sus hijos. Una vez que los jóvenes tienen ya una formación profesional, es poco probable que se animen a iniciar una actividad asociada más con la mera sobrevivencia que con el desarrollo profesional moderno. Consideremos por un momento un joven que se ha formado profesionalmente como mecánico o como especialista en ordenadores, o bien una joven preparada para ser enfermera o secretaria. Es difícil imaginar que se conformen con ser guías turísticas de temporada. Es muy probable que se decidan a buscar trabajo fuera de su localidad y, si es necesario, a emigrar antes que a convertirse en un trabajador pluriactivo autoempleado. En un país como el nuestro, donde el discurso oficial está completamente dirigido a destacar la necesidad de la formación profesional moderna, de alta cualificación, ¿qué tipo de salidas ofrecen estos sistemas? ¿Es preciso concluir que lo que sucede en realidad es que una parte de la población activa joven sólo podrá ocuparse en actividades sin cualificación que tienen muy poco que ver con la preparación profesional moderna?

Cuarto, muchos de estos sistemas suponen que varios miembros de la familia trabajen juntos con arreglos más o menos formales. Lo que supone un tipo específico de familia y de proceso de autoridad y decisión en la misma, que no siempre se puede dar por supuesto. Este sistema puede ser válido en familias con hijos muy jóvenes, pero no es muy realista cuando los hijos son adultos. En la actualidad, en el ámbito rural español las familias son generalmente familias nucleares, es poco frecuente la familia de varias generaciones. Los hijos desean ser independientes económicamente —aunque continúen viviendo en el hogar familiar— y hacia ello se dirigen todos sus esfuerzos. Además, si tienen algunos ingresos independientes, no es nada seguro que todos ellos se agrupen en una organización económica familiar unitaria. Todo ello favorece poco a las «actividades familiares». Los hijos solteros pueden ayudar un poco en el trabajo familiar, o los

padres pueden ayudar a un hijo que inicia un nuevo negocio, pero habitualmente no podemos considerar que existe una organización económica unitaria. Incluso en las familias agrarias, donde el sucesor de la explotación vive y trabaja en casa, se observa que uno de los aspectos que causa más problemas es el de la unidad económica. Las tendencias sociales actuales hacia la separación económica y la individualización de los miembros de la familia se ignoran en estos esquemas. El tipo de familia que se refleja en muchos diseños teóricos de la familia rural, simplemente no existe en la España actual.

¿Hemos de concluir, entonces, que no existen posibilidades para el desarrollo rural fuera de la agricultura? Una respuesta totalmente negativa supone una perspectiva oscura para el mundo rural y habría de ser sólidamente argumentada. Lo que tratamos de destacar aquí es únicamente que las soluciones no agrarias no son ni tantas, ni tan sencillas, ni tan baratas como con frecuencia parecen suponer sus entusiastas partidarios. Las posibilidades reales que ofrecen tales actividades tienen que ser evaluadas de forma muy realista en cada situación particular.

Respecto al trabajo, la conclusión más importante parece ser la de que estos esquemas pueden presentar ciertas oportunidades en algunos casos y que se debería intentar expandirlos y desarrollarlos. Pero no parece probable que estos tipos de actividades tengan la capacidad suficiente para generar comunidades rurales activas y dinámicas o absorber el excedente de mano de obra rural existente en el país. Además, suponen muchas horas de trabajo, ingresos inciertos y bastante modestos, así como arriesgadas inversiones. Tampoco parecen estar en línea con los esfuerzos que se realizan para desarrollar una población activa de alta cualificación técnica, capaz de competir en una economía mundial crecientemente internacionalizada.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

La homogeneización de los sistemas productivos opera tanto entre los sectores productivos, como entre los países.

Este artículo señala hasta qué punto el proceso de evolución del trabajo agrario en España es similar a los que han tenido lugar en otros países más industrializados. A pesar de las muchas diferencias existentes en la situación económica y la social, a pesar de un considerable retraso en el tiempo, las tendencias principales causadas por la modernización de la agricultura dentro del capitalismo internacionalizado de finales del siglo veinte, parecen ser muy similares en España a las de los demás países más industrializados de Europa.

Los sistemas actuales de producción agraria incorporan las principales características del trabajo asalariado en la industria y en muchos servicios. La competencia a nivel mundial y la política económica se aseguran de que los precios de los productos agrarios no aumenten y el trabajo se utiliza con intensidad y eficiencia, expulsando a los trabajadores excedentes. La modernización, mecanización y automatización conducen a una utilización más intensiva de menos trabajadores, y a esquemas de trabajo prácticamente tayloristas. La organización del trabajo está realmente determinada por los medios de producción, el conocimiento técnico y los asesores externos. Se diseñan procedimientos para asegurarse la flexibilidad del trabajo, con nuevas modalidades de trabajo a contrata, la externalización de tareas y la pluriactividad. Es acusada la dualidad de la fuerza de trabajo y de sus cualificaciones, se diferencia de forma creciente, de modo análogo al ámbito industrial, la esfera productiva de la familiar, respondiendo el consumo a pautas urbanas y siendo provisto desde unidades ajenas a la producción local. En breve, las condiciones de producción y reproducción en la agricultura se están homogeneizando con las del resto del sistema productivo y la sociedad en general.

En la segunda parte del artículo se han explorado brevemente los sistemas por los cuales el trabajo excedente de la agricultura, y que no tiene salida en la emigración, trata de adaptarse. Se han indicado los que parecen ser dos principales desarrollos: bien completan sus decrecientes ingresos agrarios con la venta de su fuerza de trabajo, cambiando gradualmente

su naturaleza de vendedores de productos a vendedores de su fuerza de trabajo, muy frecuentemente como trabajadores a tiempo parcial con períodos de empleo muy irregulares, o bien se convierten en trabajadores autónomos con una base más o menos regular. La capacidad de ambos sistemas para absorber trabajo parece bastante limitada y, en muchas ocasiones, los modos de vida resultantes, de calidad bastante dudosa. En ambos casos, la población rural se ve obligada a resolver por sí misma, con soluciones individuales, lo que es sin duda el problema social de falta de oportunidades de empleo.

Es necesario enfrentarse claramente al problema. Segmentos de la población rural trabajadora, de la misma manera que de la población industrial y urbana, no son necesarios en las condiciones de producción actuales. Es interesante y útil intentar emplear a la población activa rural con los sistemas que el desarrollo rural integrado propone, pero debe tenerse cuidado de no utilizar tales esquemas para esconder la extensión real del desempleo rural. Quizá sea necesario volver a algunos viejos temas, hoy olvidados, como la distribución geográfica de la actividad económica, la función real de las ayudas al empleo rural, el coste de mantener a la población rural, a quien le corresponde pagarlo, cuánta gente quiere la sociedad mantener en el medio rural y cuál debe ser la calidad de vida de la población rural... Cuestiones ciertamente difíciles, pero que han de ser respondidas si las áreas rurales tienen que tener un desarrollo real y el trabajo de sus habitantes una utilización armónica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARNALTE, E. (1989): «Estructura de las explotaciones agrarias y externalización del proceso productivo. Implicaciones para el debate sobre el proteccionismo», *Información Comercial Española*, 666, feb. 1989, Ministerio de Economía y Hacienda.
- ARNALTE, E. (1992): «El desarrollo de empresas de servicios agrícolas y su función en las agriculturas mediterráneas». Mimeo.

- BANCO BILBAO-VIZCAYA (1989): *Renta nacional de España y su distribución provincial (1989)*, Bilbao, Banco Bilbao-Vizcaya.
- CEE (1985): *El futuro del mundo rural*.
- COLINO, J. (dir.) (1990): *Precios, productividad y renta en las agriculturas españolas*, Madrid, Mundi-Prensa/UPA, cap. 4.
- ETXEZARRETA, M. (ed.) (1988a): *Desarrollo rural integrado*, Madrid, Ministerio de Agricultura.
- ETXEZARRETA, M (1988b): «El desarrollo rural: una aproximación a planteamientos actuales», *Documentación social*, 72 (julio-sept.).
- FERNÁNDEZ-CAVADA, J. L.(1990): «Remuneraciones y prestaciones sociales de los asalariados agrarios», *Agricultura y Sociedad*, 54.
- GARCÍA ALVAREZ-COQUE, J. M. y ARNALTE, E. (1990): «Factores demográficos y económicos en la evolución de la población activa agraria durante el período de la crisis económica», *Agricultura y Sociedad*, 54.
- GARCÍA DE BLAS, A. (1980): «Empleo y rentas en el sector agrario», *Papeles de Economía*, nº 16, 84.
- GARRIDO, L. J. y GONZÁLEZ, J. J. (1990): «La estimación de la ocupación y el paro agrarios», *Agricultura y Sociedad*, nº 54.
- GONZÁLEZ, J. J. *et al.*(1984): *Sociedad rural y juventud campesina*, Madrid, MAPA.
- JUAN MESONADA, C. S (1990): «Empleo y cambio técnico», *Agricultura y Sociedad*, 54 (marzo), 35.
- LACROIX, A.(1981): *Transformations du procès de travail agricole*, Grenoble, INRA-IREP, 144.
- LEAL *et al.*: *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970)*, Siglo XXI.
- MAPA (varios años): *La agricultura, la pesca y la alimentación españolas en ...*, Madrid, Ministerio de Agricultura.
- MAPA (varios años): *Anuario de estadística agraria*, Madrid, Ministerio de Agricultura.
- MARX, K.: *El capital*, versión Madrid, Siglo XXI (1975-1981), toms. 1 y 2, secs. 3 y 4
- ROSELL, J. y VILADOMIU, L. (1991): «La política regional en los ochenta, ¿continuidad o ruptura?», en M. Etxezarreta *et al.* (1991): *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria.

- RUIZ MAYA, L. (1989): «El trabajo en las explotaciones agrarias: la influencia de la dimensión económica en la evolución de la estructura del trabajo», *Revista de Estudios Agro-Sociales*, nº 147 (enero-marzo).
- VAN DER PLOEG, J. D. (1987): *La ristrutturazione del lavoro agricolo*, Milan, REDA, 35.

Palabras clave: Trabajo, agricultura en transformación, modernización.

RESUMEN

La modernización de la agricultura ha supuesto la transformación de su sistema productivo y de las relaciones entre la agricultura y el resto de la economía. El trabajo no es una excepción. Se puede observar que las relaciones sociales de producción en la agricultura y la organización del proceso de trabajo siguen la evolución de la organización del trabajo en otros sectores.

Desde el comienzo de la crisis económica de los setenta, el mercado de trabajo en los países desarrollados ha experimentado cambios de alcance: la flexibilidad del trabajo y la contención de los salarios se ha convertido en el objetivo de las políticas laborales. En este artículo se postula que, a pesar de sus peculiaridades y de la importancia del trabajo familiar, estas tendencias se pueden observar también en la agricultura.

Otra consecuencia importante de la modernización de la agricultura se refiere a la relación entre la agricultura y el desarrollo rural. En la segunda parte del artículo se analizan las nuevas formas no agrarias de utilización del trabajo en el mundo rural, su papel en la transformación de las condiciones de trabajo y su alcance para lograr las nuevas funciones que se le asignan.

El objetivo de este trabajo es, por una parte, el de identificar los cambios que afectan al trabajo agrario en España, su creciente subsunción por el capital y, también, la evolución hacia el trabajo no agrario en el medio rural. Se intenta, también, explorar y evaluar las consecuencias de estos desarrollos para los trabajadores, la agricultura, el medio rural y la sociedad.

RÉSUMÉ

La modernisation de l'agriculture a supposé la transformation de son système productif et des relations existant entre l'agriculture et le reste de l'économie. Le travail ne constitue pas une exception. Il y a lieu de constater que les relations sociales de production dans le cadre de l'agriculture et l'organisation du processus de travail suivent l'évolution de l'organisation du travail dans d'autres secteurs.

Dès le commencement de la crise économique des années 70, le marché du travail a connu dans les pays développés des changements de longue portée: la flexibilité du travail et la contenance des salaires sont devenues les objectifs des politiques du travail. Le présent article soutient que ces tendances, en dépit de leurs particularités et de l'importance du travail familial, se retrouvent de même dans le cadre de l'agriculture.

Une autre conséquence importante de la modernisation de l'agriculture se rapporte à la relation qui s'établit entre celle-ci et le développement rural. La deuxième partie de l'article est consacrée à l'analyse des nouvelles formes non agraires d'utilisation du travail dans le monde rural, du rôle qu'elles jouent sur le plan de la transformation des conditions du travail et de leur capacité à contribuer à la réalisation des objectifs qui leur sont assignés.

Le présent article a pour objet d'une part d'identifier les changements susceptibles d'affecter le travail agricole en Espagne, de plus en plus sous l'empire du capital, et, d'autre part, d'examiner l'évolution vers le travail non agricole dans le milieu rural. Il prétend enfin également explorer et évaluer les retentissements de ces développements sur les travailleurs, l'agriculture, le milieu rural et la société en général.

SUMMARY

Agricultural modernization has led to a change in the system of production and relations between agriculture and the remainder of the economy. Labour is no exception. It has been found that the social production relations in agriculture and the organization of the labour process do follow the same trends in labour organization as in other sectors.

Since the economic recession in the seventies, the labour market in the developed countries has undergone extensive changes: labour flexibility and wage containment are now the objective of labour policies. In this article, it is postulated that, despite its peculiarities and the importance of family labour, these trends are also apparent in agriculture.

Another important effect of agricultural modernization concerns the relation between agriculture and rural development. In the second part of the article, an analysis is made of new, non-agrarian forms of labour in the rural world, their role in changing working conditions and the extent to which labour is succeeding in the new functions attributed to it.

The objective of this paper is, on the one hand, to identify the changes affecting agricultural labour in Spain, its increasing subsumption by capital and, also, the trend towards non-agrarian labour in the rural environment. It also seeks to explore and evaluate the implications of these developments for the workers, agriculture, the rural environment and society.

